

meda que ha mandado traer. La aplasta, la oprime, la estira á semejanza de la forma humana. Una especie de monstruo bárbaro nace de sus dedos febriles. Se detiene y mira.

El inmóvil cadáver conserva su posición apasionada. Pero un delgado hilo de sangre le brota por la nariz de la fosa derecha, corre sobre el labio y cae gota á gota en la boca entreabierta.

Demetrios continúa. El esbozo se anima, se precisa, cobra vida. Un prodigioso brazo izquierdo se contorna por encima del cuerpo como abrazando á alguien. Los músculos del muslo se acusan vigorosamente. Se contraen los dedos de los pies.

\* \* \*

...Cuando la noche ascendió de la tierra y obscureció la habitación, Demetrios había terminado su estatua.

Hizo que entre cuatro esclavos condujeran el esbozo á su taller, y aquella misma noche mandó que á la luz de las lámparas desbastaran un gran bloque de Paros. Un año después, aún trabajaba en este mármol.

#### IV

#### La compasión

**C**ARCELERO, ábrenos! ¡Ábrenos, carcelero! Rhodís y Myrtokleia daban golpes en la puerta cerrada.

La puerta se entreabrió.

—¿Qué queréis?

—Ver á nuestra amiga—dijo Myrto—. Ver á Khrysis, á la pobre Khrysis, que ha muerto esta mañana.

—¡No es permitido! ¡Marchaos!

—¡Oh! Déjanos, déjanos entrar. Nadie lo sabrá. Á nadie lo diremos. Era nuestra amiga, déjanos que la veamos. Saldremos al momento. No haremos ruido.

—¿Y si me sorprenden, chiquillas? ¿Si por vuestra causa me castigan? Vosotras no pagaréis la multa.

—No te sorprenderán. Estás solo aquí. No hay otros presos. Has alejado á los soldados. Todo esto lo sabemos. Déjanos entrar.

—¡Acabemos!... Pero no estéis mucho tiempo. Tomad la llave. Es en la tercera puerta. Avisadme cuando salgáis. Es tarde y deseo acostarme.

El buen viejo les entregó una llave de hierro batido á martillo que le pendía de la cintura, y las dos jóvenes corrieron al punto, con sus sandalias silenciosas, á través de los oscuros pasadizos.

Volvió á meterse en su cuarto el carcelero, sin preocuparse más de una vigilancia inútil. No se aplicaba en el Egipto griego la pena de prisión, y la casita blanca que el apacible viejo tenía el encargo de guardar sólo alojaba á los condenados á muerte, quedando casi abandonada en los intervalos de ejecución á ejecución.

En el momento en que penetró la llave en la cerradura, detuvo Rhodís la mano de su amiga, diciéndole:

—No sé si me atreveré á verla. La amaba mucho, Myrto... Tengo miedo... Entra tú primero, ¿quieres?

Myrtokleia empujó la puerta; pero así que hubo escudriñado con la vista la estancia, exclamó:

—¡No entres, Rhodís! Espérame.

—¡Oh! ¿qué hay? ¿Tú también tienes miedo?... ¿Qué hay sobre el lecho? Quizás no está muerta.

—Sí. Aguarda... Yo te diré... Quédate en el corredor y no mires.

El cuerpo había permanecido en la actitud delirante dispuesta por Demetrios para crear la estatua de la Vida Inmortal. Pero los transportes del extremo gozo se parecen á las convulsiones del extremo dolor, y Myrtokleia se preguntaba qué atroces sufrimientos, qué martirio, qué desgarramientos de agonía habrían contorsionado de tal modo este cadáver.

Se aproximó al lecho de puntillas.

El hilo de sangre continuaba corriendo de la nariz diáfana. La piel del cuerpo aparecía perfectamente blanca. Los pálidos botones de los senos se habían hundido como delicados ombligos. Ni un solo reflejo rosado avivaba á esta efímera estatua reclinada, pero algunas manchas color de esmeralda que teñían suavemente el vientre liso significaban que millones de vidas nuevas iban germinando en esta carne que apenas se había enfriado y cuya herencia reclamaban.

Myrtokleia tomó el inerte brazo de la muerta y lo extendió á lo largo de las caderas. Intentó asimismo alargarle la pierna izquierda; pero la rodilla estaba casi petrificada y no logró extenderla completamente.

—Rhodís—dijo con voz turbada—, ven; ya puedes entrar.

La niña penetró temblorosa en la estancia, y se le dilataron las facciones, y abrió desmesuradamente los ojos...

Tan pronto como se sintieron las dos juntas, estallaron en sollozos, la una en brazos de la otra, indefinidamente.

—¡Pobre Khrysis! ¡pobre Khrysis!—repetía la pequeña.

Besábanse las mejillas con una desesperada ternura, en la que no había ninguna sensualidad, y el sabor de las lágrimas les transmitía á los labios toda la amargura de sus pequeñas almas transidas de pena.

Lloraban y lloraban, mirándose dolorosamente, y hablaban á veces las dos juntas con voz ronca y desgarradora, en la que las palabras acababan en sollozos.

—¡La amábamos tanto! No era una amiga para

nosotras, sino una madre muy joven, una madrecita entre nosotras dos...

Rhodís repitió:

—Como una madre...

Y Myrto, atrayéndola junto á la muerta, le dijo en voz queda:

—Bésala.

Inclináronse ambas, apoyaron las manos sobre el lecho, y prorrumpiendo en nuevos sollozos, tocaron con sus labios aquella frente helada.

\* \* \*

Y Myrto asió la cabeza con sus dos manos, que se hundían en la profusa cabellera, y habló así:

—Khrysis, Khrysis mía, tú que eras la más bella y adorada de las mujeres, tú que eras tan semejante á la diosa que hasta el pueblo te ha confundido con ella, ¿en dónde estás ahora? ¿qué ha sido de ti? Tú vivías para derramar la alegría bienhechora. Jamás ha habido más dulce fruta que tu boca, ni luz más clara que tus ojos. Tu piel era una gloriosa vestidura que no querías velar, y sobre la cual flotaba la voluptuosidad como un olor perpetuo. Cuando desatabas tu cabellera, todos los deseos salían de ella volando, y cuando nos oprimías con tus desnudos brazos, impetrábamos de los dioses la muerte.

\* \* \*

Acurrucada en el suelo, Rhodís seguía sollozando.

\* \* \*

—Khrysis, Khrysis mía—prosiguió Myrto—, todavía ayer estabas viva, gozando de la

juventud y en espera de largos días, y ahora te hallo muerta, sin que nada en el mundo pueda hacer ya que nos digas una sola palabra. Has cerrado los ojos sin que nosotras estuviésemos presentes. Has sufrido sin saber que estábamos llorando por ti detrás de las murallas. Moribunda, buscarías con la mirada á alguien, y tus ojos no se han encontrado con nuestros ojos preñados de compasión y de duelo.

\* \* \*

No cesaba de llorar la flautista. La cantora la cogió de la mano.

—Khrysis, Khrysis mía, nos dijiste que alguna vez, gracias á ti, nos casaríamos las dos. Ahora, al efectuarse tal unión en nuestras lágrimas, ¡cuán tristes son las nupcias de Rhodís y Myrto-kleia! Pero el dolor junta más que el amor dos manos que se estrechan. Nunca se podrán separar las de los seres que, como nosotras, han llorado una vez juntos. Entregaremos á la tierra tus queridos despojos, Khrysidión, y nos cortaremos nuestras cabelleras una á otra para sepultarlas con tu cuerpo.

\* \* \*

Con un cobertor de la cama envolvió el hermoso cadáver, y dijo en seguida á Rhodís:

—Ayúdame.

Levantaron cuidadosamente á la muerta; pero el fardo era en extremo pesado para ellas y lo pusieron por primera vez en el suelo.

—Quitémonos las sandalias—dijo Myrto—. Iremos descalzas por los corredores. El carcelero debe de estar ya dormido... Si no lo desper-

tamos, podremos pasar; pero si llega á vernos, nos cerrará el paso... Mañana, ya nada le importará. Cuando encuentre el lecho vacío, dirá á los soldados de la reina que arrojó el cuerpo á las letrinas, como la ley lo exige. Nada temamos, Rhodís... Ponte, como yo, tus sandalias en la cintura, y ven. Toma el cuerpo por bajo de las rodillas. Deja que cuelguen los pies. Camina sin hacer ruido, lentamente, lentamente...

## V

## La piedad

PASADA la esquina de la segunda calle, soltaron otra vez el cadáver para volverse á calzar las sandalias. Los pies de Rhodís, en extremo delicados para caminar desnudos, sangraban por varias desolladuras.

La noche estaba llena de claridad. La ciudad, llena de silencio. Las sombras de color de hierro se recortaban limpias en medio de las calles, delineando el perfil de las casas.

Las jovencitas cargaron otra vez con su fardo.

—¿Adónde vamos?—dijo la más pequeña—¿en dónde la enterraremos?

—En el cementerio de Hermes Anubis, que está siempre desierto. Allí descansará en paz.

—¡Pobre Khrysis! Nunca me hubiera imaginado que el día de su muerte llevaría yo su cuerpo sin antorchas ni carro fúnebre, secretamente, como cosa robada.

Luego se pusieron á hablar ambas con volubilidad como si al lado de este cadáver les in-

fundiera miedo el silencio. El último día de la vida de Khrysis las colmaba de asombro. ¿De dónde había obtenido el espejo, la peineta y el collar? Imposible que personalmente hubiese podido apoderarse ella de las perlas de Afrodita. Demasiado bien guardado estaba el templo para que lograra penetrar en él una cortesana. Alguien, entonces, lo había hecho por ella. Pero ¿quién? No se le conocía amante alguno entre los estolistas que tenían á su cargo la conservación de la divina estatua. Y si otro, en todo caso, había obrado en su lugar, ¿por qué no lo había denunciado ella? ¿Y para qué aquellos tres crímenes? ¿De qué le habían servido, sino para entregarla al suplicio? Jamás una mujer comete sin objeto tales locuras, á no ser que se halle enamorada. Khrysis debía, pues, de estarlo; pero ¿de quién?

—Jamás lo sabremos—concluyó la flautista—. Se ha llevado su secreto consigo, y de haber un cómplice, no será él quien nos lo comunique.

En este punto, Rhodís, que desde hacía algunos instantes se tambaleaba, exclamó suspirando:

—No puedo más, Myrto, no puedo ya con la carga. Se me doblan las rodillas. Estoy rendida de fatiga y de pena.

Myrtokleia repuso, echándole un brazo al cuello:

—Haz un esfuerzo, querida mía. Es preciso que la llevemos. Se trata de su vida subterránea. Si no recibe sepultura y un óbolo en su mano, estará errando eternamente á la orilla del río de los Infiernos, y cuando bajemos á nuestra vez entre los muertos, nos reprochará nuestra impiedad, Rhodís, y nada podremos responderle.

Pero la niña, debilitada hasta la impotencia, se deshizo en lágrimas sobre el brazo de su compañera.

—¡Pronto, pronto!—prorrumpió Myrtokleia—. Viene gente por el otro extremo de la calle. Ponte á mi lado cubriendo el cuerpo. Ocúltelos con nuestras túnicas. Si lo ven, todo está perdido...

Y después de una breve pausa, añadió:

—Es Timón. Le reconozco. Timón con cuatro mujeres... ¡Ah, dioses! ¡qué irá á sucedernos! El, que se burla de todo, nos va á decir... Pero no; quédate aquí, Rhodís, voy á hablarle.

Y presa de una idea súbita, corrió por la calle al encuentro del pequeño grupo.

—Timón—le dijo (y su voz era suplicante hasta la plegaria)—, Timón, detente. Te ruego que me escuches, porque tengo graves palabras en la boca, y es fuerza decirlas á ti solo.

—¡Cuán conmovida estás, pobre chiquilla!—le contestó el calavera—. ¿Se te ha perdido algún lazo de tus hombros ó le has quebrado la nariz á tu muñeca? ¡Sería una desgracia irreparable!

La joven le dirigió una dolorosa mirada; pero ya las cuatro mujeres, Filotis, Seso de Knidos, Kalistión y Tryfera, se impacientaban alrededor de ella.

—¡Vamos, tontuela—dijo Tryfera—, si has agotado los pechos de tu nodriza, nosotras no lo hemos de remediar ni tenemos leche! Ya va á amanecer, deberías estar acostada. ¿Desde cuándo vagabundean las niñas á la luz de la luna?

—¿Su nodriza?—añadió Filotis—. A Timón es á quien quiere quitarnos.

—¡Azotes! ¡Merece azotes!

Y Kalisti6n, tendiendo un brazo en torno de la cintura de Myrto, la levant6 en peso, alz6ndole la tunicuilla azul. Pero Ses6 intervino.

—¡Qu6 locura!—exclam6—. Myrto jam6s ha conocido hombre. Si llama 6 Tim6n, no es para acostarse. Dejadla tranquila y que termine.

—Veamos—dijo Tim6n—, ¿qu6 me quieres? Ven por aqu6. H6blame al o6do. ¿Es cosa verdaderamente seria?

—El cad6ver de Khrysis est6 all6, en la calle—dijo la joven, todav6a tr6mula—. Lo llevamos al cementerio mi amiguita y yo, pero pesa mucho y vengo 6 rogarte que nos ayudes... No ser6 largo... Inmediatamente despu6s, te reunir6s con tus mujeres...

Tim6n tuvo una mirada excelente:

—¡Pobrecillas! ¡Y yo burl6ndome! Sois mejores que nosotros... S6 que os ayudar6. Vu6lve con tu amiga y esp6rame. All6 voy.

Y volvi6ndose hacia las cuatro mujeres:

—Idos 6 mi casa—les dijo—por la calle de los Alfareros. All6 estar6 pronto. No me sig6is.

Rhod6s continuaba sentada junto 6 la cabeza del cad6ver. Cuando vi6 llegar 6 Tim6n, exclam6 con tono de s6plica:

—¡No lo digas 6 nadie! La hemos robado para salvar su sombra. Guarda nuestro secreto y te amaremos mucho, Tim6n.

—Nada tem6is—repuso el joven.

Tom6 por bajo de los hombros el cad6ver y Myrto por bajo de las rodillas, y caminaron silenciosamente, seguidos de Rhod6s, que avanzaba con pasitos inseguros.

Tim6n guardaba silencio. Por segunda vez en dos d6as le arrebat6 la pasi6n humana 6 una

de las que habian pasado por su lecho, y se preguntaba interiormente qu6 extravagancia inexplicable arrastraba de ese modo 6 los esp6ritus fuera de la ruta encantada que conduce 6 la felicidad sin sombras.

«¡Ataraxia!—pensaba—. Indiferencia, quietud, ¡oh serenidad voluptuosa! ¿qu6n de los hombres os apreciar6? Nos agitamos, luchamos, esperamos, cuando 6nicamente hay una cosa preciosa: saber sacar del instante fugitivo todos los goces que pueda proporcionarnos y salir lo menos posible de nuestro lecho.»

\* \* \*

Llegaron 6 la puerta de la ruinosa necr6polis.

—¿En d6nde la depositaremos?—pregunt6 Myrto.

—Cerca del dios.

—¿En d6nde est6 la estatua? Jam6s he entrado aqu6. Me dan miedo las tumbas y las estelas. No conozco el Hermes Anubis.

—Debe estar en el centro del jard6n peque6o. Busqu6mosla. Hace tiempo, siendo ni6o, vine una vez, persiguiendo 6 una gacela perdida. Tomemos por la calle de los sicomoros blancos. No dejaremos de encontrarlo.

Y lo encontraron, en efecto.

Sobre los m6rmoles, la claridad del alba un6a 6 la de la luna sus suaves tonos violados. Una vaga y lejana armon6a flotaba sobre las ramas de los cipreses. El murmullo regular de las palmeras, tan semejante 6 las gotas de la lluvia, esp6rc6a una ilusoria frescura.

Timón levantó con esfuerzo una lápida de mármol rosado hundida en tierra. La sepultura estaba cavada precisamente debajo del funerario dios, que hacía el ademán de un embalsamador. Sin duda, había contenido algún cadáver en otros tiempos, pero no había ahora en esta fosa mas que un montoncillo de polvo negruzco.

El joven entró en ella hasta la cintura, y tendiendo los brazos:

—Dámela—dijo á Myrto—. Voy á recostarla en el fondo y volveremos á cerrar la tumba...

Pero Rhodís se arrojó encima del cuerpo:

—¡No, no la enterréis tan pronto! ¡Quiero volver á verla! ¡Por última vez! ¡por última vez! ¡Khrysis! ¡pobre Khrysis mía! ¡Ah, qué horror!... ¡Cómo se ha puesto!...

Myrtokleia acababa de separar la tela enrollada alrededor de la muerta, y había aparecido el rostro tan rápidamente alterado, que las dos jóvenes retrocedieron.

Las mejillas se habían vuelto cuadradas. Los párpados y los labios se habían hinchado. Eran como seis cojincillos blancos. Nada quedaba ya de aquella sobrehumana belleza.

Tornaron á envolverla en el grueso sudario; pero Myrto deslizó antes la mano por debajo para colocar en los dedos de Khrysis el óbolo destinado á Kharón.

Entonces, sacudidas por interminables sollozos, pusieron entre ambas en brazos de Timón el inerte cuerpo, que se doblaba.

Y cuando Khrysis quedó tendida en el fondo de la arenosa tumba, Timón entreabrió á su vez el sudario. Aseguró el óbolo de plata entre las falanges flácidas, apoyó la cabeza del cadáver en una piedra plana, y le esparció desde la frente



hasta las rodillas la larga cabellera sombría y dorada.

Salió en seguida de la fosa, y las músicas, arrodilladas ante la hueca abertura, se cortaron una á otra sus finas cabelleras para trenzarlas en un solo haz que sepultaron con la muerta.

ΤΟΙΟΝΑΕ ΠΕΡΑΣ ΕΣ ΧΕ ΤΟ ΣΥΝΤΑΓΜΑ  
ΤΩΝ ΠΕΡΙ ΧΡΥΣΙΑΣ ΚΑΙ ΔΗΜΗΤΡΙΩΝ

Julio 1892-Diciembre 1893.

## INDICE

	Págs.
PIERRE LOUYS, por V. Blasco Ibáñez. . . . .	11
PREFACIO. . . . .	29
LIBRO PRIMERO	
I.—Khrysis. . . . .	39
II.—En el muelle de Alejandría. . . . .	52
III.—Demetrios. . . . .	62
IV.—La que pasaba. . . . .	71
V.—El espejo, la peineta y el collar. . . . .	74
VI.—Las vírgenes. . . . .	87
VII.—La cabellera de Khrysis. . . . .	93
LIBRO II	
I.—Los jardines de la diosa. . . . .	101
II.—Melitta. . . . .	110
III.—Escrúpulos. . . . .	125
IV.—Claro de luna. . . . .	130
V.—La invitación. . . . .	134
VI.—La rosa de Khrysis. . . . .	141
VII.—El cuento de la lira encantada. . . . .	150
LIBRO III	
I.—La llegada. . . . .	161
II.—La comida. . . . .	167
III.—Rhakotis. . . . .	183

Págs.

IV.—Bacanal en casa de Bakkhís. . . . .	189
V.—La crucificada. . . . .	194
VI.—Entusiasmo. . . . .	200

### LIBRO IV

I.—El sueño de Demetrios. . . . .	207
II.—La turba. . . . .	218
III.—La respuesta. . . . .	226
IV.—El jardín de Hermes Anubis. . . . .	235
V.—Las murallas de púrpura. . . . .	240

### LIBRO V

I.—La noche suprema. . . . .	247
II.—El polvo vuelve al polvo. . . . .	253
III.—Khrysis, inmortal. . . . .	259
IV.—La compasión. . . . .	265
V.—La piedad. . . . .	271

~~~~~

